

DUARTE, EL FINAL DE UNA PRESIDENCIA

El primero de junio de 1988 se iniciaba el último de los cinco años de la presidencia de Duarte. Días antes ~~se le~~ se le declaró un cáncer mortal al estómago y al hígado, lo cual le obligó a dejar por el momento el ejercicio de la primera magistratura para atender a su salud en un hospital de Washington, a donde fue conducido en un avión ~~hospital~~ de la Fuerza Aérea norteamericana. ~~Se~~ Habría mucho que reflexionar aun no habiendo ocurrido tan grave quebranto de su salud, precisamente por haber entrado el país en el último año del ejecutivo, con lo que éste pueda tener de veredicto final, pero también de preparación para una nueva posibilidad de otros cinco años. Sin embargo, la especial situación en que queda el presidente Duarte y, consecuentemente, la presidencia de la República, obliga a reflexionar sobre el futuro, puestos los ojos en el pasado.

No se trata aquí de anjuiciar ni la persona ni la obra de Duarte a lo largo de su vida política. El sufrimiento que le afecta y una cierta impresión de destino trágico, que vuelve a dominar su trayectoria, podrían llevar a una cierta desviación de la objetividad por excesiva carga emocional. Esta carga emocional se empieza ya a sentir entre sus simpatizantes y aun entre quienes permanentemente han sido sus enemigos. Representa un dato objetivo, cuyo peso puede ser importante en el contexto de fuerzas en pugna. Lo tendremos en cuenta más adelante. Pero no conviene desviarse por él. Lo más imperioso ahora es determinar en qué situación ha dejado a El Salvador su presidencia para ver qué se puede hacer en ~~este último año para preparar~~ ^{la preparación de} soluciones, que todo este tiempo no se han podido alcanzar.

1. Lo que se veía venir

Quisiéramos invitar a nuestros lectores a que releyeran los editoriales que dedicamos a la presidencia de Duarte. El primero, tras su toma de posesión ~~de la presidencia~~ era cautamente interrogativo "¿Tiene solución El Salvador con el presidente Duarte?" (ECA, Junio, 1984, pp. 373-396). En él se decía que el país tenía cinco problemas:



el político-militar, el económico, el social, la democratización y el geo-político. Se analizaba la propuesta del gobierno de Duarte para resolver cada uno de estos problemas. Se concluía que el diagnóstico ~~era~~ dado por Duarte de la situación y de las causas de esa situación era malo, consiguientemente las soluciones del todo inapropiadas. Las palabras finales eran las siguientes: "Poco es lo que pueden Duarte y su gobierno por ~~só~~ solos, Casi nada si tienen que ir contra corriente... Su mayor proximidad ideológica con la derecha y con la administración Reagan, así como su falta de poder real, hacen improbable que pueda hacer algo serio y razonable en favor de una solución a los grandes desafíos que tiene planteados hoy El Salvador y que se anudan actualmente en torno al núcleo del conflicto armado. Pero si éste no se resuelve, El Salvador no tiene solución con Duarte, a lo más ~~se~~ tendrán solución algunos de sus problemas marginales" (ib., 395-396). Se proponía entonces que se avanzara ~~hacia~~ un nuevo pacto social y, ^{además,} un nuevo pacto político para ~~que~~ el que se pedía un referendium nacional.

El segundo editorial un año después se titulaba "Grave preocupación tras el primer año de la presidencia de Duarte" (ECA, Mayo-Junio, 1985, pp.325-344). Tras el análisis de quién gobierna en El Salvador ("supragobierna la administración Reagan y gobierna la democracia cristiana"), se analizaba la brecha entre los propósitos y las realizaciones, entre las necesidades impostergables y las realizaciones para hacer un balance final que concluía así: "Un año no es suficiente para hacer nada de importancia. No puede decirse, por tanto, que Duarte haya fracasado. Pero, si no se consolida lo bueno que ha conseguido y, sobre todo, no se acaba con lo malo que sigue vigente y que hemos apuntado en páginas anteriores, la presidencia de Duarte será un fracaso. Supondrá, una vez más, una esperanza defraudada y, lo que es peor, más y más sufrimiento para la mayor y mejor parte del pueblo salvadoreño" (ib., 344).

El tercer editorial se titulaba "Dos años más de gobierno de Duarte" (ECA, Mayo-Junio, 1986, pp. 375-387) y también concluía con pesimismo. Si el tercer año fuera a seguir



la misma tónica de los dos últimos, "hundirá todavía más a El Salvador en la guerra y en la sumisión a las conveniencias de Estados Unidos, y hará más patente todavía la impotencia política de Duarte para guiar al país hacia la libertad y la democracia, la justicia y la paz" (ib., 387).

No hacía falta ser profeta histórico para anunciar la incapacidad del gobierno de Duarte en orden a resolver los mayores problemas del país. Las últimas ~~legis~~ elecciones legislativas y municipales no han hecho sino comprobar en las urnas lo que ya se anunciaba en los análisis y en las encuestas. Duarte lo atribuyó a que hubo de tomar medidas impopulares en lo económico, ~~pero~~ que eran necesarias. Poco después el cisma en su propio partido, en el que se desconocía su propia autoridad, mostraba hasta qué punto se había debilitado Duarte y hasta qué punto él había dilapidado el importante capital con que comenzó su presidencia. El problema no estribaba en que sólo le restaba un año de poder sino en lo poco que había logrado hacer en los cuatro anteriores. Pero conviene insistir en que el fracaso estaba anunciado de antemano y que no se hizo -si se pudo o no, es otra cuestión- nada por remediarlo, al menos nada efectivo, aunque más de una vez se intentaron medidas efectistas.

No sería justo decir que no se ha logrado nada en estos cuatro años, aunque ni en los éxitos ni en los fracasos ha de atribuirse toda la responsabilidad, ni siquiera la mayor parte de ella, al propio presidente. Desde el punto de vista de su programa, ha podido llegar al quinto año de su presidencia sin ser derrocado, ha permitido elecciones no fraudulentas y ha respetado sus resultados incluso cuando le han resultado adversas, ha acatado resoluciones de la Corte Suprema que contradecían sus propias disposiciones, ha permitido la apertura de importantes espacios políticos que han sido ocupados crítica y vigorosamente por sus adversarios políticos en los medios de comunicación, en la movilización callejera; ha tolerado la presencia del FDR y de Convergencia Democrática en el ruedo político. En lo militar no puede decirse que el FMLN esté actualmente en mejor relación de victoria que lo estaba en 1984, ^{aunque} tam-



co puede decirse que la Fuerza Armada vaya ganando la ~~una~~ guerra, no obstante la enorme ayuda militar que ~~se~~ ha recibido de Estados Unidos, ~~y que es~~ la tercera o cuarta más alta de las que dan a sus aliados. ~~Los norteamericanos~~ ^{los norteamericanos}. En lo económico se va capeando el temporal con la ayuda norteamericana y con los envíos de los emigrantes salvadoreños en Estados Unidos y así se ha revalorizado el colón en el mercado negro no obstante la devaluación oficial, se ha comenzado a revertir el proceso inflacionario, incluso en los dos últimos años ha crecido algo el PIB, todo lo cual hace que, en comparación con Nicaragua, la situación económica general sea mucho mejor en El Salvador. Se logró la firma de Esquipulas II, lo cual supuso un cierto gesto de independencia respecto de la administración Reagan, que trató de obstaculizarla; aunque el cumplimiento de lo estipulado en esa ocasión dejó mucho que desear en términos reales, quedó abierta la posibilidad de un proceso de pacificación y democratización en Centroamérica, distinto del deseado y promovido por Estados Unidos, no aceptando El Salvador el convertirse en apoyo político y logístico de la actividad militar de los contras. En lo político se ha ido logrando cierta moderación de la derecha tradicional, que se ha vuelto a convertir en alternativa posible para los norteamericanos, una vez lavado su rostro reaccionario de partidarios de la violencia, del terrorismo y de explotación oligárquica y feudal. Incluso con la Fuerza Armada se han ido creando nuevas relaciones no sólo del propio presidente ~~con los militares~~ sino del gobierno mismo; precisamente en vísperas de su operación quirúrgica, ~~el presidente~~ Duarte dirigió una emotiva carta a los militares, agradeciéndoles el apoyo que había recibido de ellos y exhortándoles a que siguieran manteniendo una postura institucionalista.

Pero hay otros hechos, que son negativos. No se ha podido concluir con la guerra ni siquiera ha podido alcanzarse aquélla punto que permitiría avizorar su final o, al menos, la forma efectiva de alcanzar ese final. No se ha podido terminar con la violación de los derechos humanos ni se ha podido hacer un enjuiciamiento serio y



efectivos a ninguno de los grandes responsables de esas violaciones; siguen dándose graves y numerosas violaciones de los derechos humanos, atribuibles en parte a la institución armada, que debería estar bajo la responsabilidad total de la presidencia y en parte a escuadrones de la muerte, que deberían haberse ya erradicado. No ha podido ni siquiera comenzar un plan económico y un programa de acción que sacara a la población mayoritaria del estado de miseria que en que se encuentra; antes al contrario, sigue el deterioro en lo que respecta al desempleo, al poder adquisitivo, a la alimentación, a la salud, a la vivienda y a la educación. No se ha podido debilitar sustancialmente al poder oligárquico, que si ha perdido influjo directo durante estos años, sigue con suficiente fuerza para relanzar su trayectoria. La soberanía nacional va quedando más hipotecada por la dependencia militar y económica ~~con~~ ~~respecto~~ respecto de Estados Unidos. Hay una creciente militarización del país, lo cual implica un grave peligro actual y potencial, presente y futuro, para la democratización del país El Salvador. El sistema educativo se ha ido deteriorando incesantemente por el escaso presupuesto a él dedicado, por la mala atención a los maestros, por la mala gestión del ministerio respectivo, por la proliferación irresponsable de universidades privadas, más atentas a conseguir beneficios económicos que altura académica en la docencia y en la investigación. Ha fracasado, en definitiva, el proyecto total, definido como proyecto contrainsurgente de guerra de baja intensidad, que sigue propiciando centenares de víctimas anuales, miles de bajas efectivas, destrucción de recursos, baja en la inversión, dependencia del exterior, inseguridad en el presente y para el futuro, descontento popular, rebeldía social.

No es que el proceso se haya estancado o que camine hacia atrás. Aunque tras el triunfo legislativo y municipal de ARENA pueden apreciarse señales de involución y, sobre todo, de precariedad, entre pequeños éxitos y grandes fracasos el proceso ha avanzado. No parecía posible que la derecha aceptara la negociación, ni siquiera el diálogo, con el FDR-FMIN y ahora lo está propiciando, dejando en el olvido su



U
lena de que negociación es igual a traición. No parecía que la derecha y la Fuerza Armada pudieran aceptar la presencia en el país de miembros prominentes del FDR, acusados como estaban de propiciar el terrorismo del FMLN, y, sin embargo, hoy circulan y trabajan relativamente seguros en el país ~~políticamente~~ sin haber roto su alianza estratégica con el FMLN. Ha habido fuertes crisis que hace pocos años hubieran propiciado fácilmente un golpe de estado y hoy esas crisis han podido ser asimiladas sin presiones militares y sin grandes conmociones sociales. Todavía se sigue confiando en que serán las urnas electorales las que deberán dar o quitar el poder. Hay, pues, un proceso, que como tal no es decisivo para encontrar soluciones, pero que es un elemento no despreciable en la marcha del país, sobre todo, si se tienen en cuenta otros factores, que no han sido promovidos desde la presidencia, pero que han debido de ser tolerados o permitidos.

Sin embargo, este reconocimiento no implica el que se pueda desconocer la gravísima situación del país al final de la presidencia de Duarte. No es la misma que en el trágico período 1980-1982 de su anterior paso por el poder, pero muchos de los problemas fundamentales siguen sin resolverse. No se ha resuelto el conflicto armado del país, no se ha resuelto la incorporación a la vida política de una de las mayores fuerzas, el FMLN, por lo cual la polarización y el enfrentamiento son características desestabilizadoras del país; no se ha resuelto ni la miseria ni la injusticia estructural, graves males en sí mismas y causas de otros muchos males; no se ha resuelto el problema de la seguridad ciudadana, de modo que no esté en peligro próximo de muerte la persona por defender puntos de vista políticos o derechos sindicales; no se ha resuelto satisfactoriamente el problema crucial de la violación de los derechos humanos por parte de la Fuerza Armada, como lo comprueban fehacientemente los datos ofrecidos por instituciones dignas de todo crédito en lo que toca a muertes, desaparecimientos y torturas; no se ha podido realizar una gestión gubernamental efectiva, antes al contrario han proliferado acusaciones bien fundadas de incompetencia y corrupción.



Duarte, el final de una presidencia 6

lena de que negociación es igual a traición. No parecía que la derecha y la Fuerza Armada pudieran aceptar la presencia en el país de miembros prominentes del FDR, acusados como estaban de propiciar el terrorismo del FMLN, y, sin embargo, hoy circulan y trabajan relativamente seguros en el país ~~políticamente~~ sin haber roto su alianza estratégica con el FMLN. Ha habido fuertes crisis que hace pocos años hubieran propiciado fácilmente un golpe de estado y hoy esas crisis han podido ser asimiladas sin presiones militares y sin grandes conmociones sociales. Todavía se sigue confiando en que serán las urnas electorales las que deberán dar o quitar el poder. Hay, pues, un proceso, que como tal no es decisivo para encontrar soluciones, pero que es un elemento no despreciable en la marcha del país, sobre todo, si se tienen en cuenta otros factores, que no han sido promovidos desde la presidencia, pero que han debido de ser tolerados o permitidos.

Sin embargo, este reconocimiento no implica el que se pueda desconocer la gravísima situación del país al final de la presidencia de Duarte. No es la misma que en el trágico período 1980-1982 de su anterior paso por el poder, pero muchos de los problemas fundamentales siguen sin resolverse. No se ha resuelto el conflicto armado del país, no se ha resuelto la incorporación a la vida política de una de las mayores fuerzas, el FMLN, por lo cual la polarización y el enfrentamiento son características desestabilizadoras del país; no se ha resuelto ni la miseria ni la injusticia estructural, graves males en sí mismas y causas de otros muchos males; no se ha resuelto el problema de la seguridad ciudadana, de modo que no esté en peligro próximo de muerte la persona por defender puntos de vista políticos o derechos sindicales; no se ha resuelto satisfactoriamente el problema crucial de la violación de los derechos humanos por parte de la Fuerza Armada, como lo comprueban fehacientemente los datos ofrecidos por instituciones dignas de todo crédito en lo que toca a muertes, desaparecimientos y torturas; no se ha podido realizar una gestión gubernamental efectiva, antes al contrario han proliferado acusaciones bien fundadas de incompetencia y corrupción.



Duarte, el final de una presidencia 7

En consecuencia,

Duarte, no ha sido un mal gestor del proyecto contrainsurgente norteamericano. Al contrario, ha sido visto por la administración Reagan como el mejor de sus colaboradores. Ha dado Duarte al proyecto norteamericano el marchamox democrático que el Congreso de Estados Unidos necesitaba, para que no faltara ayuda de ninguna índole en la lucha contra el FMLN. Ha logrado que el pueblo norteamericano, la opinión pública occidental, dejaran de hacerse problema de El Salvador en el supuesto de que ya se había entrado por una vía democrática de pacificación y de solución de los conflictos sociales. Incluso ha cumplido con lo que se le pedía de no desamar las reformas estructurales, de mantener los procesos electorales, de no entrar en conflicto con la Fuerza Armada. Se le sometió incluso a la humillación de no mantenerle informado sobre el uso de las bases militares salvadoreñas en el caso del Irán-contras, pero esto mismo, más o menos, se hizo con el presidente Reagan. Gracias a esa gestión el proyecto no ha fracasado. No se han cumplido sus objetivos, pero es que esos objetivos no estaban amarrados al período~~s~~ presidencial~~s~~ de Duarte. El objetivo final de terminar militarmente con el FMLN, de impedir el asentamiento de la presencia soviética en El Salvador, sigue sus pasos prefijados en la guerra de baja intensidad. Con la cobertura de apariencias democráticas, hasta ahora las de Duarte, en el futuro con las de ARENA, si es necesario, se piensa que el plan seguirá adelante con grandes costos para El Salvador, pero con pocos costos para Estados Unidos. Duarte ha hecho una buena tarea en la gestión. La administración Reagan puede concluir sus ochos años diciendo que el marxismo-leninismo no ha dado un solo paso adelante en Centroamérica y que se ha consolidado una democracia más en El Salvador, no obstante las difíciles circunstancias de ^{una} guerra civil. Los desajustes que ha habido en estos últimos meses (~~pérdida~~ de las elecciones por el PDC, voto de castigo a Duarte, acusaciones al CCE, retraso en la instalación de la Asamblea, crisis del partido gobernante, llamadas al golpe militar, rumor de sables, descontento popular, etc.) se supone que han sido bien superados y han acab^{ado} demostrando la solidez de lo construido hasta ahora. Pequeño consuelo, pero consuelo al fin.



Sería, no obstante, simplista decir que Duarte no ha hecho sino seguir el plan norteamericano o, ~~pero~~ aún, cumplir los dictados de la embajada. Una cosa es decir que el proyecto estadounidense ha sobredeterminado el proyecto duartista y otra que no ha existido éste o que no ha habido resistencias a algunos puntos importantes del proyecto dominante. En lo económico Duarte ha hecho una fuerte resistencia para no devaluar más el colón y para no aceptar medidas estabilizadoras; en ambos aspectos cedió algo, pero también resistió con éxito. En lo político, lanzó desde su primer año un proceso de diálogo propio, no surgido de inspiración extraña, que iba incluso contra la deseado por la embajada de Estados Unidos; no tuvo éxito en este empeño, pero su iniciativa se abrió paso entre las fuerzas sociales y políticas, de modo que en la actualidad se la considera necesaria. En la política centroamericana defendió Esquipulas II, ~~no obstante~~ a pesar de que fue forzado una y otra vez a rechazar su marco general para ~~podar~~ facilitar la agresión a los sandinistas. No aceptó tampoco prestar el territorio nacional para, como en el caso de Honduras, establecer bases militares norteamericanas o desarrollar maniobras militares conjuntas. Incluso rehusó apoyar la ayuda militar a los contras de modo explícito, aunque tampoco fue muy explícito en oponerse a ella. Otros puntos le parecieron coincidentes por lo que se prestó a favorecerlos, pensando que ~~con~~ ello eran los norteamericanos quienes ayudaban a su proyecto más que él el que ayudaba al proyecto norteamericano. Así en el caso de la guerra contra el FMLN, así en los límites a la negociación con el FMLN, así en la tolerancia de la Convergencia Democrática, así en las buenas relaciones con los militares, así en el discurso ideológico antimarxista y antisandinista.

Pero, aun reconocido esto, ha de sostenerse que era el proyecto duartista el que se subordinaba al norteamericano y no al revés, si ^{se ordena} ~~temple~~ las cosas en su conjunto, cuando ciertamente debiera haber sido al revés. Es algo que ya se preveía desde el principio de su mandato. Y esto era tanto más grave cuanto que le tocó subordinarse a un proyecto norteamericano muy poco sofisticado, ~~que~~ buscaba más los intereses



de Estados Unidos, deformados hasta lo sumo por la retórica triunfalista de Reagan, que la solución del problema salvadoreño, conforme a las necesidades reales del pueblo salvadoreño. Casi no se hizo nada sin los norteamericanos; simplemente no se hizo nada contra los norteamericanos. Cuando algo de esto último se intentó, inmediatamente fue desviado el esfuerzo hasta hacerlo fracasar.

Vistas las cosas, entonces, desde el proyecto mayor que ha dominado al proyecto menor, puede decirse que con Duarte se ha consolidado el proceso proyectado por los norteamericanos. Efectivamente, las apariencias bastante sólidas de procesos electorales regulares y limpios se han reafirmado elección tras elección en cinco ocasiones; se ha ampliado el espectro de partidos políticos hacia la izquierda y dentro de él aparecen cuatro partidos con alguna consistencia (ARENA, PDC, PCN y CD), que llevan una vida activa ininterrumpida; se ha logrado que todos ellos, incluso el más extremista de derecha, aboguen por los procesos democráticos para alcanzar el poder y desechen el golpe de estado para conseguirlo; se ha mantenido el juego de los tres poderes con relativa independencia sin que sea el ejecutivo, como lo ha sido hasta ahora, el que concentrara todo el poder político; se ha logrado una Fuerza Armada, cinco veces mayor que la de hace ocho años, más profesionalizada e institucionalizada, en muy buenas relaciones con Estados Unidos y que se ha mantenido en un segundo plano a la hora de las disputas políticas partidaristas; se ha dado salida no peligrosa a la tensión social tanto evitando el colapso económico como permitiendo una amplia actividad sindical, no sólo de los sectores independientes y dependientes, sino de los contrarios, haciendo así muy improbable una insurrección generalizada de las masas; se han sobrepasado diversas crisis importantes sin que el sistema se haya resquebrajado y sin que, ni siquiera, se haya perdido la serenidad en la comisión de acciones inconsultas; incluso la grave enfermedad del presidente Duarte y su retiro temporal de la presidencia ha sido asumida con normalidad; las acciones del FMLN han sido contenidas en límites no peligrosos y se las supone suficientemente controladas.



Todos estos puntos y otros más no prueban que se haya resuelto la crisis de El Salvador, ni ~~alguna~~ que se haya encontrado el camino para resolverla. Ni siquiera prueban que Estados Unidos haya encontrado la solución adecuada para ellos de un modo definitivo. Pero muestran que tal vez en la presidencia de Duarte se han dado y consolidado pasos irreversibles o, por lo menos, se ha trazado un trayecto, que podrá irse corrigiendo, pero que tal vez habrá que recorrerlo. Quiere ello decir, en consecuencia, que las cosas están más difíciles para el movimiento revolucionario hoy que hace cuatro años, lo cual puede obligar a éste a tomar medidas, diferentes de las tomadas hasta ahora. La propaganda revolucionaria de que se ha hecho fracasar a Duarte y de que se ha hecho fracasar el proyecto contrainsurgente no es sin más evidente. Una cosa es que no se les ha dejado triunfar y otra que se les haya hecho fracasar. Aquello es claro y esto no lo es. Y algunos pueden pensar que no ser derrotados es ya un triunfo y no un fracaso. Lo cual no quita para que haya de sostenerse firme y solemnemente que este proceso, mirésemos por donde se mire, ha resultado en un tremendo fracaso para la mayor parte del pueblo salvadoreño, que ve su situación real peor de lo que estaba en 1979. Desde esta perspectiva que es, en definitiva, la única éticamente política y políticamente ética, la presidencia de Duarte ha sido un fracaso, y este fracaso se veía venir desde el comienzo.

2. El por qué de un fracaso

El presidente Duarte ha explicado repetidas veces por qué no ha podido lograr lo que pretendía: la pacificación del país, la democratización del proceso, la satisfacción económica de las mayorías populares, el sometimiento del poder militar al poder civil, la iniciación de un camino que ya no se abandonaría más y que supondría una democracia en el pleno sentido de la palabra. Algunas veces ha aludido a que en su presidencia se encontró con un enfermo, el país, más grave de lo que él había supuesto. Más veces ha aludido a la incomprensión y resistencia que ha encontrado en las dos extremas, la derecha y la izquierda, respecto de las cuales él se considera un cen-



tro. También se ha disculpado con la agresión externa proveniente del bloque socialista, especialmente de Cuba y Nicaragua. Últimamente se ha referido a coyunturas desfavorables como el secuestro de su hija, el terremoto, las tres sequías, las malas condiciones del mercado internacional para los productos tradicionales de exportación, la dificultad de explicarle al pueblo el sentido de medidas necesarias.

Pero hay que profundizar más en el tema. ¿Por qué Duarte durante cuatro años no ha sido capaz de resolver o mejorar sustancialmente la situación del pueblo salvadoreño, cuando contó con un triunfo electoral importante, cuando contó durante tres años con una Asamblea en la que él y su partido tenían la mayoría, cuando contó con una generosísima ayuda internacional sobre todo norteamericana, cuando contó con un amplio respaldo internacional? Responder a esta pregunta es decisivo, si se quiere estar preparado para sobrepasar una situación, que es desde muchos puntos de vista insostenible.

Ante todo, hay que referirse a la dificultad misma de la situación. La situación de El Salvador es efectivamente muy compleja, muy difícil. Es menester partir de su densidad demográfica en relación a la escasez de recursos actualmente disponibles y al desarrollo cultural de su población; hay que subrayar el bajísimo grado de desarrollo y de acumulación de capital reflejado en el PIB y en otra serie de indicadores económicos; hay que insistir en la dominación y explotación históricas que una muy pequeña parte de la población ha ejercido y sigue ejerciendo sobre la mayor parte de ella; hay que tener presente la tremenda ~~polarización~~ polarización social, que ha estallado repetidas veces en su historia y que refleja una aguda pugna de intereses de clase. Pero, sobre todo, ha de tenerse muy ante los ojos la existencia de un poderoso movimiento ~~en~~ revolucionario, capaz de tomar el poder, si no es frenado con la ayuda del exterior; movimiento revolucionario que es, en lo sustancial, reflejo de una situación interna y que ha dado cauce a un conflicto interno global, como nunca antes lo tuvo el país tan intenso y por tanto tiempo. Todo ello hace que nos encontremos ante una situación muy difícil de resolver y aun de paliar.

Duarte no ha sido responsable activo de esta situación originaria, pero no logró hacer de ella un diagnóstico acertado y, menos, un plan apropiado para componerla. Se refirió sí a la injusticia estructural, a la prepotencia histórica del capital, a la falta de democracia de los gobiernos anteriores, pero no tuvo comprensión adecuada del fenómeno revolucionario, al que tildó de ser una agresión extranjera del comunismo internacional. Se plegó, pues, en lo fundamental al diagnóstico y a la solución norteamericanos, tomados desde otra perspectiva y con otros intereses, que no eran los salvadoreños y centroamericanos. Así entró en una estrategia doble: la de permitir a Estados Unidos y a la Fuerza Armada que llevaran por su lado la guerra y la de llevar adelante por su parte un proceso de democratización. Cometía en esto último dos errores: el primero, pensar que se puede separar la marcha de la guerra ^{de} y la institución armada de un proyecto político general de democratización y el segundo, pensar que contaba con el poder y la fuerza, que debieran corresponder en una democracia a un presidente elegido por mayoría, respaldado por una Asamblea perteneciente mayoritariamente a su partido.

Así las cosas Duarte se confundió en un punto decisivo: el poco poder con que contaba para resolver problemas de gravísima complejidad, en el que entraban en juego fuerzas relativamente muy poderosas. Creyó que con el apoyo norteamericano, el respaldo de las democracias internacionales y la no intervención negativa de la Fuerza Armada podría dar grandes pasos. No supo encontrar un respaldo popular continuado y no supo hacer alianzas en el interior del país. No logró consumar aquel pacto social y un nuevo pacto político, que ECA le propuso como indispensable en el comienzo de su mandato. Sobreestimó sus fuerzas y desestimó la fuerza del capital y la fuerza del movimiento revolucionario. Con tan poca fuerza acumulada y pronto dilapidada era imposible triunfar.

Pero es que, además, no contó nunca con un plan de gobierno ni con hombres capaces que le ayudaran a gobernar, debido todo ello a un vicio original de su personalidad



política. Su liderazgo otrora carismático no se conjuga con el don de gobernar y de administrar. No se puede gobernar a golpe de intuición, si es que se ~~quiere~~ ^{han de} resolver problemas estructurales. La intuición es buena para la coyuntura, la planificación es indispensable para la estructura. Pensó tal vez, al menos implícitamente, que lo fundamental para El Salvador era la democratización y que trabajar por ella era su destino histórico. Pero entendió la democratización de un modo demasiado formal y cegado por ella no atendió planificadamente a resolver los problemas estructurales. Incluso cuando llevado de su intuición acertó en proponer un diálogo con el FMLN-FDR al principio de su mandato, no midió la debilidad de su fuerza y, además, estrechó el marco de su propuesta, dando por sentado que ya se había conseguido la democracia y que, conforme a sus reglas, podía resolverse el conflicto fundamental del país.

Tampoco pudo formar un gobierno adecuado. Ceñido en la elección de sus colaboradores casi exclusivamente a lo que podía ofrecer su partido, trató de pagar lealtades personalistas con puestos oficiales. No supo medir ni las limitaciones de muchos de sus elegidos ni, lo que es peor, su propensión a la corrupción. Incapaz de autocrítica y refractario a la crítica de los demás, cercado por una argolla partidista y gubernamental que no le decía sino lo que quería oír y que le ocultaba las ineficiencias y las irregularidades, nunca contó con el equipo adecuado. Hubiera necesitado otros hombres más válidos, más honestos, más libres y más capaces de hacer frente a sus propuestas como presidente. Al parecer despachaba más con el embajador norteamericano y con el Alto Mando que con su propio gabinete, al que no estimaba demasiado y al que creía poder sustituir con su intervención personal. Lo mismo le pasó con su propio partido en el que se fueron generando complicidades y creando tensiones sin que él interviniera a tiempo, engañándose con personalismos y nepotismos, llevado más por subjetivismos autocomplacientes que por el análisis objetivo de los hechos.

Todo ello se reflejaba en su ~~modo~~ modo de relacionarse públicamente con los demás.



Confrontativo en demasía, entraba en discusiones personales que le desautorizaban como mandatario. Cualquiera sabía cómo hacerle salir de sus sabales y él mismo se enfrascaba en airadas proclamas, siempre que se pudiese en duda su capacidad o su poder real. El yoísmo de los discursos y de las declaraciones presidenciales no es más que un reflejo de su autoestima, de la autoconvicción de su poder y capacidad de gobernar, de su mesianismo. No está en esto la razón principal de su fracaso, pero es un motivo más para explicarlo. El no poder separar sus sentimientos personales de su gestión como presidente lastró permanentemente su oficio de mandatario. Esto que podría mostrarse en multitud de ocasiones tuvo su mayor expresión con motivo del canje de su hija donde no pudo separar sus sentimientos de padre de sus obligaciones como presidente de la república.

Pero lo verdaderamente grave fue en dónde buscó su aliado principal. En Estados Unidos y con la administración Reagan. De ahí le vino una gran ayuda para ganar las elecciones presidenciales y con ello se convirtió en parte del proyecto norteamericano para la región en general y para El Salvador en particular. No tenía otros sitios donde ir para alcanzar el poder y conservarlo. Necesitaba quién le defendiese frente a los embates del FMLN, necesitaba quién le pudiese controlar de algún modo la Fuerza Armada para evitar golpes de estado y para lograr cierta mejora en los derechos humanos, necesitaba quién le ayudase económicamente para evitar un colapso económico. Sólo Estados Unidos le podía ofrecer todo esto. Pero, en contrapartida, Estados Unidos le exigía que no se apartase en lo fundamental de lo que son los intereses y la estrategia norteamericana en la región. Lo peor de todo ello es que Duarte y su gobierno aceptaron como propio el proyecto reaganiano y cayeron en la misma retórica engañosa. Ni siquiera apreciaron la divergencia de los intereses del pueblo salvadoreño con los intereses de la administración Reagan. Al contrario, reafirmaron su convergencia cuando no su identificación. Duarte se encontró en las peores condiciones para hacer una alianza con Estados Unidos: por un lado ^{una} gran debilidad que le entregaba en sus manos, por otro el que fuera la administración Reagan la que estu-

viera al frente de los intereses norteamericanos. Tal vez con otra administración más flexible, menos ~~clarificante~~ y dogmática, menos triunfalista e imperial, hubiera sido posible pensar en una colaboración que aunase los intereses distintos de ambas partes, no siempre y necesariamente contrapuestos. Quizá la guerra de baja intensidad puede considerarse mejor que la guerra de alta intensidad, pero no por eso la guerra de baja intensidad con todas sus ingredientes militares, políticos, económicos e ideológicos ha de estimarse como lo más conveniente para el país, aunque pudiera ser lo más conveniente para Estados Unidos.

Esta relación con Estados Unidos y la administración Reagan condicionó en gran manera todo lo referente a la guerra. La guerra explica mucho de lo ocurrido en la presidencia de Duarte. No todo ha sido negativo para su proyecto. Sin la guerra no hubiera tenido la ayuda norteamericana ni para consolidarse políticamente ni para sobrellevar la crisis económica. La guerra ha tenido quietos a los militares y ha impedido indirectamente golpes propiciados por la extrema derecha. La guerra, la amenaza de un posible triunfo militar del FMLN, ha hecho que el presidente Duarte pudiera conseguir fuertes ayudas tanto de Estados Unidos como de otros países. Pero, al mismo tiempo, la guerra ha dificultado la consolidación de la democracia y la reestructuración de una ~~mas~~ economía menos dependiente. La guerra ha hecho más dependiente a El Salvador de la ayuda norteamericana, ha obligado a una mayor militarización del país, ha limitado muchísimo la cantidad de recursos del presupuesto nacional que debieran dedicarse al desarrollo económico y social, ha impedido un juicio criminal contra los grandes responsables de las violaciones de los derechos humanos y ha dificultado el que se acabe de una vez por todas con estas violaciones. Todo esto ha sido fatalmente pernicioso para el pueblo salvadoreño, pero no es tan claro que haya sido del todo negativo para la gestión presidencial. Quizá sin la guerra el presidente no hubiera mantenido su silla presidencial estos cuatro años. La falta de ayuda económica pudo haber sido contrarrestada con la ausencia de la guerra, pero no otros factores del equilibrio político.



Desde esta perspectiva hay que medir el influjo del FMLN en el resultado final de la presidencia de Duarte. Ha sido el FMLN, como parte beligerante, el que ha originado los bienes y los males que para la presidencia de Duarte han traído el conflicto social y la lucha armada. Ya hemos dicho que el FMLN no ha dejado triunfar definitivamente el proyecto contrainsurgente duartista-norteamericano, pero tampoco lo ha podido hacer fracasar, antes en muchos de sus aspectos lo ha robustecido, especialmente en el estrechamiento de la dependencia con Estados Unidos y en el fortalecimiento de la institución armada. La continuación de la guerra con el desvío de los fondos nacionales a la misma y con la destrucción ~~causada~~ causada por ella no ha permitido que se hiciera obra mayor en favor del pueblo, el cual por lo mismo se ha visto defraudado, aunque la desilusión ha sido atribuida más a la mala gestión gubernamental que a los efectos de la guerra. Pero con ello lo que se ha conseguido de momento es que una parte de los electores se decida, no a condenar el proyecto general norteamericano, sino a cambiar de gestor del mismo. En este sentido no parece que ni Estados Unidos ni el pueblo votante -cerca de un millón- sientan que el proyecto ha fracasado sino tan sólo el modo de conducirlo. El FMLN fue el que potenció indirectamente la solución de la democracia cristiana en 1980 y en 1984, elegida como solución por los norteamericanos precisamente por la presencia y ~~la~~ presión del FMLN. Ha sido también el FMLN, ~~el~~ quien ha potenciado ahora momentáneamente la sustitución de la DC por ARENA, posibilitando así una doble alternativa, lo cual permite un juego mayor al plan norteamericano.

¿Pudo haber sido de otro modo? ¿Jugó bien Duarte la posibilidad de un acercamiento al FMLN por la vía del diálogo? Duarte tenía un marco muy estrecho para su juego por la presión de Estados Unidos, de la Fuerza Armada y de toda la derecha. Lo que podía ofrecer al FMLN-FDR era del todo insatisfactorio, al menos para el FMLN, pues el FDR ha aceptado la propuesta de Duarte de entrar en el juego democrático ~~para~~ para conseguir sus objetivos. Esto último no se ha conseguido por ninguna negociación directa sino por efecto de Esquipulas II. Pero para el FMLN era insatisfactorio. Por ello

resultaba imposible un acuerdo negociado entre el gobierno y el movimiento revolucionario. A pesar de que se han cometido constantes errores tácticos en la cuestión del diálogo tanto por el FMLN-FDR como por el gobierno y a pesar de las limitaciones que ha tenido la mediación de la Iglesia, no se puede atribuir últimamente el fracaso a esos errores y limitaciones. Dada la dificultad del problema, dada la limitación del poder gubernamental, dada la inflexibilidad maximalista del FMLN, dada la sumisión por ambas partes del proceso negociador a una estrategia más general en la que la negociación juega un papel muy limitado, el diálogo y la negociación tenían que fracasar en lo fundamental. Pudieron haberse conseguido algunos resultados concretos en la línea de la humanización del conflicto y, en parte, se obtuvieron sobre todo por presión de la Iglesia. Pero poco más era posible en el marco de una estrategia en que ambas partes consideraban posible debilitar al adversario por la vía del enfrentamiento. Así la guerra y la falta de diálogo son causas del poco éxito de la presidencia de Duarte, pero son al mismo tiempo datos del problema, que ha de resolverse. No se pudo dialogar precisamente por las condiciones subyacentes a la guerra, por las causas mismas de la guerra y por los actores principales que la impulsan y dirigen.

Tampoco la extrema derecha ayudó a Duarte sino que, al contrario, obstaculizó su gestión. La extrema derecha y, en general, el gran capital salvadoreño no vió en ningún momento como su enemigo principal ~~del~~ al FMLN. La extrema derecha y el gran capital están convencidos de que el FMLN no tiene posibilidad ninguna de triunfo, siempre que Estados Unidos esté decidido a no dejarle triunfar. Por eso, dejando la labor de la guerra a la Fuerza Armada y a Estados Unidos, se ha dedicado a desestabilizar a Duarte para apoderarse del poder político. Y está a punto de conseguirlo, no sin haber hecho reacomodos en su estrategia. Si la extrema derecha y el capital hubieran percibido la posibilidad de un triunfo del FMLN, se hubieran aliado con Duarte temporalmente para anular esa posibilidad. Al no percibirlo así, lo que han hecho es defender sus intereses económicos inmediatos frente a la presunta conducción estatis-

ta de la democracia cristiana y prepararse para la obtención del poder político -el ejecutivo, el legislativo y el judicial- desde el que defender con mayores ventajas esos intereses económicos. Desde esta doble perspectiva, lejos de facilitar la gestión gubernamental, la han obstaculizado por todos los medios. Ante los famosos paquetazos se unieron con determinados sectores laborales, no sólo para impedir lo que no les convenía a corta distancia, sino para desprestigiar y desestabilizar al gobierno. La izquierda no pensó nunca en hacer arreglos con el gobierno para enfrentarse a las exigencias del capital y para debilitar su prepotencia. Pensó que lo importante era debilitar el proyecto contrainsurgente y en ese esfuerzo debilitar a la cara política interna del mismo. De ahí que la derecha saliera intocada de la crisis y que recogiera los frutos de la batalla en las elecciones de marzo de 1968.

Duarte tampoco supo captarse a la derecha en su lucha contra el FMLN. En su afán de aparecer como un centro entre dos extremas se peleó con ambas, aunque con distintas armas. Más bien retóricamente, aunque también con algunas leyes, contra la derecha. Retórica y militarmente contra la izquierda. No acertó en lo económico a encontrar una vía, que contentase o al trabajo o al capital. Tanto el trabajo ^{como} ~~como~~ el capital se sintieron heridos por la conducción económica del gobierno. Hubo constantes huelgas por parte de los obreros y se dieron también paros empresariales. Y así fue difícil mantener una línea coherente, que, al menos a larga distancia, satisficiera a alguna de las partes.

En definitiva, se han dado toda una serie de causas complejas, que explican por qué, tras cuatro años de presidencia de Duarte, los grandes problemas se han quedado sin resolver, algunos se han agravado y pocos puede decirse que hayan encontrado un principio de solución. Cuatro años eran pocos años para hacer algo definitivo en circunstancias tan adversas. Esto era previsible desde ~~un principio~~ el inicio del mandato. Pero no se enfocaron desde esa perspectiva, sino desde una perspectiva triunfalista, como si se contara con el poder, el diagnóstico y el plan de curación. Quizá en esto



radicó una de las equivocaciones mayores de todo el proyecto. Se pensó que ya se había entrado con paso firme en la democracia y que bastaba la democracia para resolver los problemas del país. Los hechos han demostrado que no era así. No se puede hablar de democracia cuando no había posibilidades de que el electorado de izquierda tuviera candidatos por quién votar, lo cual era ya una prueba del carácter restringido de democracia. Ni puede hablarse de democracia cuando el poder elegido en las urnas tiene estructuralmente tan poca fuerza para dirigir los destinos del país. Se pensó otra cosa quizá con buena fe pero con poca objetividad, con poco realismo. Y ello constituyó una equivocación de principio, principal causa en consecuencia de lo que después sucedió.

3. Posibilidades de preparar otro futuro

La presidencia de Duarte está tocando a su fin, independientemente de lo que a él le ocurra personalmente. Aun en plena salud poco nuevo le quedaría por hacer en los ocho meses que le separan de las nuevas elecciones presidenciales. Gravemente afectado ~~en su salud~~ ^{por la enfermedad} todavía podrá hacer menos, aunque los factores emocionales, personales y ciudadanos, podrían permitir un impacto momentáneo de alguna significación. Si la presidencia tiene que ser terminada por Castillo Claramunt, las perspectivas de hacer algo importante son todavía menores.

Dedicar estos meses a asegurar el proceso democrático tendría sentido, si por proceso democrático se entiende algo más profundo y total que lo entendido hasta ahora. Duarte se ha considerado a sí mismo como apóstol de la democratización del país. Algo ha logrado en esta línea, pero aún le queda mucho por lograr. Las condiciones son más favorables ahora, parte por lo ya logrado, parte porque ARENA espera sacar mayor provecho del proceso de democratización, con lo cual no se opondrá a él. Este proceso de democratización debería ir dirigido a los siguientes puntos: a) una mejora consolidada en el respeto de los derechos humanos, lo cual exigiría mejoras en el comportamiento de la Fuerza Armada y medidas efectivas y visibles contra los residuos de



los escuadrones de la muerte; b) oportunos cambios en la cúpula militar de modo que se impida una consolidación en ella de militares extremistas, poco respetuosos de la democracia, de los derechos humanos y del diálogo/negociación; c) ampliación efectiva del empadronamiento electoral de modo que puedan adquirir el carnet electoral el cerca de tres cuartos de millón de ciudadanos con derecho a él, que todavía no los tienen; d) condiciones favorables para que Convergencia Democrática pueda constituirse en una alternativa real, a la que pueda ir el voto de la izquierda. Logrado todo esto habría avanzado notoriamente el proceso democratizador, aunque aún queda mucho por hacer en los importantísimos campos de lo social y de lo económico.

Esto se facilitaría, si la coyuntura norteamericana fuera favorable. Desde noviembre se va a saber ya quién será el próximo presidente norteamericano. De aquí a noviembre no tendrá la actual administración Reagan tiempo ni posibilidades de cambiar de rumbo en la cuestión salvadoreña y centroamericana. No es probable que empeore las cosas, incluso puede mejorarlas algún tanto. Caso de que Bush fuera el triunfador no podrían esperarse de momento muchos cambios. Se seguiría hasta Enero en la línea de Reagan y después de Enero en una prolongación con variantes de la misma. Caso de que Dukakis fuera el triunfador, se abriría un nuevo campo de acción. El actual gobierno de El Salvador contaría con seis meses hábiles y favorables para proseguir el proceso de democratización en la línea señalada en el párrafo anterior.

Podría también el gobierno de El Salvador, si se diera esa coyuntura favorable, replantear el diálogo/negociación en mejores términos. No es probable que lo lleve a feliz término, pero podría hacerlo avanzar de tal modo, que se convirtiera en pieza clave de la siguiente elección presidencial. Hoy soplan vientos favorables para el diálogo. El gobierno lo está proponiendo de una forma abierta y pluralista, ARTEA se ha visto forzada a aceptarlo e introducirlo en su programa de acción, la Iglesia está propiciando una amplia participación de fuerzas sociales, con lo cual la concientización en favor de su necesidad se está acrecentando; el FMLN-FDR también está re-



lanzando la idea. Todo ello, no sólo va a clarificar el panorama y va a enterrar fantasmas, sino que puede llevar a pequeños logros prácticos, buenos para la mayoría de la población y favorables para la dinamización del proceso negociador. En este punto durante el último año de esta presidencia debiera hacerse todo lo que permite la Constitución, leída e interpretada además en su sentido más amplio. Ya no hay tiempo para golpes de estado, ya no hay tiempo para obstáculos de la acción gubernamental. Es tiempo, por tanto, de lucidez y de audacia.

Poco es lo que se podrá lograr en mejorar la imagen del gobierno. Probablemente seguirán los mismos hombres con los mismos defectos. La imagen de incompetencia y de corrupción será difícil de corregir. El presidente Duarte no contará ya con la energía para impulsar a unos hombres ya gastados, menos ahora cuando antes no lo pudo hacer. Quizá pudiera hacer algo en la propuesta de un presupuesto nuevo para el último año de su mandato. Pero lo tiene difícil. Las exigencias de la guerra y una Asamblea hostil mostrarán otra vez a las claras los márgenes estrechos, en que se ha movido y puede moverse la gestión presidencial.

Le quedaría también una tarea respecto del partido demócrata cristiano. Hoy es claro que se descuidó notablemente en este punto durante los cuatro años anteriores. No sólo no logró vigorizar el partido sino que permitió en los mandos intermedios y en la cúpula la aparición de una argolla de credenciales poco edificantes. El PDC que había perdido muchos de sus mejores hombres en el año ochenta y que había tenido muchas víctimas en los años siguientes, se encontró sin hombres adecuados, no se dedicó a formar nuevos cuadros y pensó en muchos casos que había llegado la hora de cobrarse los servicios prestados al partido. El presidente Duarte no pareció darse cuenta de quiénes se enriquecían inmoderadamente desde unos puestos, cuya remuneración oficial no posibilita tales enriquecimientos. No sólo esto. Perdió el poder sobre su propio partido, engañado por falsas fidelidades. No fue capaz de impedir la ruptura y, cuando quiso intervenir, ya era tarde. Su propuesta fue rechazada y su



candidato, Abraham Rodríguez, que probablemente fue su candidato desde hace mucho tiempo, no logró la aceptación ni de los contendientes ni de las bases. Todo ello ha debilitado sobremedida al partido.

Y, sin embargo, el PDC tiene todavía que jugar un papel importante. Tiene principios ideológicos respetables, tiene bases, tiene tradición, tiene apoyo internacional, representa una alternativa real al ascenso de la extrema derecha en el país. Puede, en consecuencia, rectificar su rumbo y contribuir con otras fuerzas a un relanzamiento de un verdadero proceso democrático, afinado en una verdadera recuperación de la soberanía nacional. Es aquí donde el papel de Duarte puede ser emocional y políticamente corrector. Se equivocó en permitir que el partido pensara más en el poder y lucro personal de su dirigencia que en el servicio al pueblo, se equivocó al querer propugnar el poder de su hijo dentro del partido, se equivocó en mantener una posición ambigua que le favorecía a él pero no al ^{político} instituido. Hoy tiene alguna posibilidad para rectificar. La prolongación de la lucha interna por la candidatura presidencial, que él no supo prevenir, debe concluir cuanto antes. Su intervención en este asunto puede resultar casi decisiva. No es difícil predecir que, una vez comprobada la inviabilidad de su candidato de conciliación, vaya a inclinarse por las últimas decisiones de aquella parte del partido, en la que se ha quedado su hijo y sobre la que ha recaído el veredicto favorable del CCE. Pero no basta con esto. Más que reunificar el partido, hay que sanear el partido, hay que librar al partido de lo que puede ser un lastre para las próximas elecciones. Tarea ingrata y costosa pues es mucho lo que hay que sanear. No le tocará a él trazar los programas nuevos, elegir los hombres nuevos. Pero inspirar un cambio profundo del partido, una vuelta a sus raíces, podría ser uno de los capítulos fundamentales de su testamento político.

Duarte está en condiciones no de imponer, pero sí de proponer su testamento político. Lo puede hacer por lo que representa su legado histórico. Duarte ha sido un hombre



importante para su partido, Duarte hace sentir su carisma sobre las bases democratas cristianas. Con ocasión de su grave enfermedad y con la probabilidad de un inminente desenlace fatal su autoridad moral puede crecer. Se le van a perdonar sus defectos y debilidades y se le van a magnificar sus virtudes. Es, por tanto, el momento oportuno de hacer un último servicio a su partido y al país con un claro testamento político. Este testamento debiera llevar lo que de positivo han hecho el partido y él en provecho de El Salvador; debiera llevar también lo negativo que él y su partido han hecho en detrimento del pueblo salvadoreño; debiera finalmente hacer propuestas valientes y pragmáticas para que lo bueno y lo malo, ya pasados, no hayan pasado en vano. En parte ya lo ha hecho en su carta dirigida al partido (ver documentación en este mismo número de la revista), pero refiriéndose tan sólo al problema de la unidad y de la selección del candidato partidista a la presidencia. En parte lo ha hecho también en el discurso con el que cerró su cuarto años de presidencia (ver documentación), pero tampoco en él, ~~por razones~~ disculpablemente por la urgencia y la gravedad de la intervención quirúrgica, se hace justicia a la complejidad de la situación. En parte lo ha hecho en su carta a la Fuerza Armada (ver documentación) enviada ya desde el hospital Walter Reed, pero incluso en este documento es poco crítico con lo que ha supuesto la institución militar en el período 1980-1988.

Hay un sentimiento generalizado de que si el PDC no cambia, son escasas sus posibilidades de un triunfo presidencial en las próximas elecciones. Es difícil ~~de~~ que el gobierno cambie. Pero el partido puede hacerlo ahora que su misión más importante no es finalizar un programa sino trazar uno nuevo. Es difícil que Duarte reconozca que, dadas las dificultades y la complejidad del problema, planeó mal su presidencia y la gestionó mal. Le costará reconocer que fundamentalmente lo que se hizo en ella es gestionar la guerra, gestionar la crisis. No tanto la guerra en sí misma cuanto un proyecto, que era un proyecto de guerra. Por su anticomunismo exacerbado, por su pronorteamericanismo, también exacerbado, quizá pensó que eso era la correcto. De todos modos no le quedaban otras posibilidades, cuando dentro del país el res

to de fuerzas no sólo le abandonó sino que se le opuso activamente. Pero estimo el presidente Duarte como acertada o desacertada su gestión y, sobre todo, su concepción de la misma, debe de ver que su país y su partido necesitan hacer algo muy distinto de lo que él hizo. Su país se lo ha dicho claramente en las últimas elecciones, su partido se lo ha dicho con su desgarramiento interno y con su crisis actual. Creemos que en lo dicho en los apartados anteriores, que describen su presidencia en estos cuatro años y que explican las causas de lo ocurrido, hay más que suficientes puntos de reflexión para trazar una nueva ruta y para encontrar los hombres, si los hay, capaces de recorrerla crítica y creativamente.

Si Duarte no puede salvar a su partido, el partido debe esforzarse por salvarse a sí mismo y salvar así, de alguna manera, un período, que de 1980 a 1988 ha girado en gran parte sobre Duarte. Podrá decirse que la tarea propuesta era imposible de realizar. Es posible que así fuera. Más aún es probable que así haya sido. Pero queda el problema de los medios empleados. La sumisión, al menos tolerada y soportada, de Duarte y de la Democracia Cristiana a los militares y su terrorismo de estado en el período 1980-1982; la sumisión, positivamente asumida, de Duarte y de la Democracia Cristiana al proyecto norteamericano, han sido dos estrategias para alcanzar el poder y para mantenerse en él, que han traído enormes males al país. La explicación de que con otros hubiera ido todo peor no resulta satisfactoria. Si todo este negro período, sin embargo, culminara procesualmente en algo realmente nuevo, que no supusiera una marcha atrás -sería lamentable que, después de tanta tragedia se volviera a la situación inicial, lo cual supondría un fracaso absoluto-, sino un salto cualitativo en la línea de la independencia nacional, en la línea de la democratización, en la línea del desarrollo económico, en la línea del respeto de los derechos humanos, en la línea de la paz y de la justicia, en la línea de la convivencia social, casi podría decirse que el sacrificio ha merecido la pena. Lo triste es que no hay ya muchas esperanzas de que esto pueda ocurrir. Desde luego, no antes de que finalice esta presidencia y sólo, con grandes cambios, después de ella.



Esos grandes cambios pueden darse. Es posible que una nueva ~~xxx~~ administración en Estados Unidos establezca otras reglas de juego para Centroamérica y también para El Salvador. Es posible que Esquipulas II refuerce un plan centroamericano de pacificación y democratización, que lleve adelante lo que ya inició. Es posible que el FMLN flexibilice sus posiciones en la línea de una perestroika salvadoreña, que haga juego con una profunda perestroika nicaraguense. Es posible que la Fuerza Armada entienda que como institución debe ponerse al servicio de las mayorías populares y debe respetar al máximo las leyes, mientras se prepara a reducir sus efectivos y sus costos en consonancia con un cambio de situación en la región y en el país. Es posible que los diversos intentos de diálogo y de negociación conduzcan pronto a algo positivo, a una suerte de consenso popular y nacional, que pueda servir de marco constitutivo de un nuevo pacto social y un nuevo pacto político. Es posible que dentro y fuera del país se llegue a la convicción y a la resolución práctica de que sólo con un rápido desarrollo económico orientado a la superación de la injusticia estructural y a la liberación de las mayorías populares puede pacificar y democratizar a El Salvador.

Signos de todo esto ya se están dando. Signos insuficientes, pero esperanzadores. Si todos ellos o, al menos algunos, tuvieran confirmación en el último año de la presidencia de Duarte, el final de su presidencia dejaría bien enrumada la situación de El Salvador. Habrá oposición porque el objetivo principal de las fuerzas políticas durante este año no es el de resolver los problemas del país sino en el de ganar o colocarse bien en las próximas elecciones. Pero este mismo objetivo principal podría ser manejado hábilmente, porque caben pocas dudas de que la mayor parte del pueblo salvadoreño busca el conseguir una paz justa y consolidada, que permita entrar cuanto antes en la reconstrucción del país. Quien se muestre más capaz de lograr esta meta, estará en mejor disposición para conquistar el voto de los ciudadanos.

